

Leer autores para escuchar lectores: Reseña de *Travesías lectoras en la escuela* de Mila Cañón

POR MARÍA EMILIA ARTIGAS

Cañón, Mila

Travesías lectoras en la escuela

Buenos Aires

Aique

2017

142 páginas



Leer autores para escuchar lectores: Reseña de *Travesías lectoras en la escuela* de Mila Cañón

María Emilia Artigas¹

El nuevo libro de Mila Cañón, *Travesías lectoras en la escuela*, presenta ya desde el título la idea de un viaje, de posible puente, de un vínculo entre el lector y la escuela. El concepto de travesía supone un recorrido de lecturas y sugerencias didácticas que nos brinda la autora para implementar en espacios escolares, o simplemente para

aprender a leer como mediadores y por qué no, como niños. Estas dimensiones que afloran del texto de Cañón hacen una primera apuesta escrituraria: quienes trabajamos con la lectura podemos viajar por el mundo de nuestras prácticas revisándolas, ajustándolas, dotándolas de sentido con sus propuestas. Asimismo, la idea de travesía funciona como un viaje a través de los paratextos que abren cada capítulo y que son dispositivos de lectura sobre problemáticas educativas en un contexto en el que es innegable el cambio que está sufriendo el campo de la literatura infantil y juvenil.

Desde el comienzo del libro se subraya que la enseñanza de la lectura es una práctica cultural de carácter histórico y social, y por ende cambiante, sobre todo si se tiene en cuenta la nueva etapa de "interfase" que estamos atravesando, y la construcción de nuevas comunidades lectoras móviles que se autogestionan.² Las tensiones entre temas, soportes, prácticas, agentes involucrados junto con sus propios universos de lecturas, y diseños curriculares, se hacen visibles a diario y es por eso que Cañón sostiene la necesidad de problematizar y subsanar las grietas entre la formación académica y las prácticas áulicas. Los docentes debemos aceptar que "se evidencia otra lógica de la lectura más allá de la heredada del papel, lineal y deductiva" (13). En esa coyuntura —nodal para entender el planteo de esta escritora— tenemos que dimensionar el alcance de los mediadores, quienes tienden puentes entre la escuela y los jóvenes, generando esa ocasión lectora —entendida en términos de Graciela Montes— entre las múltiples textualidades y los diversos modos de leer de los estudiantes.

Al leer el libro surge inevitablemente la pregunta por el perfil que podría tener el mediador, pero la respuesta la explicita a lo largo de su trabajo la autora: es el que coordina, interviene pero no impone lecturas, es un agente desprejuiciado. Es por eso que se vuelve imperante la escucha por sobre el habla del docente, quien debe explicar menos y callar más; desandar las travesías lectoras monológicas.

¹ María Emilia Artigas es Profesora en Letras egresada de la UNMDP. Actualmente trabaja como docente en escuelas secundarias medias y en la UNMDP. Contacto: meartigas@hotmail.com

²La idea de "interfase" entendida como diferentes modos de leer.

La estructura del libro también sugiere la idea de viaje o recorrido con distintas paradas. La autora usa como soporte de sus ideas una vasta enciclopedia (Montes, Chambers, Petir, Eco, Bajtín, Reyes, De Mause, Alvarado, entre otros), pero además de estos lineamientos teóricos con los que genera sugerentes diálogos, suma casos y ejemplos concretos, registros de clases y posibles ejercicios de lectura que no sólo ilustran sus ideas sino que vuelven reales y tangibles las posibilidades prácticas de vehiculizar la ficción. Por lo cual, detenerse —como en un viaje— en cada uno de sus capítulos invita a reflexionar, conocer los espacios nuevos que la teoría y la práctica docente construyen, y reparar en el dinamismo constitutivo de la Literatura para Niños y la Literatura Juvenil.³

Al iniciar el recorrido por el capítulo dos se lee un título sugerente: "minerías de ideas", que alude a una acción, proyecto, puesta en marcha. La minería entendida como trabajo de extracción colaborativo y progresivo. En este apartado, la reflexión nos obliga a indagar acerca de cómo las prácticas han fluctuado al compás del mercado y los requerimientos curriculares, y cómo en esa dinámica se instalan nuevas escenas de lectura. De esta forma, el ejercicio lector se vuelve una suerte de proyecto imbricado dentro del trabajo en el curso y ya no como situación aislada. Cañón manifiesta que cuanto mayor diversidad de situaciones generemos como docentes y amplitud de criterios tengamos para seleccionar textos, géneros, soportes, se garantizará un recorte que se ajuste a las nuevas lecturas: híbridas en muchos casos, diversas también. Los criterios de selección, según la autora, podrían oscilar entre las "poéticas de autor", los "géneros literarios", procedimientos literarios, ciertos tópicos, personajes estereotipos, o formatos en el caso de los libros para niños pequeños, pero siempre es útil pensar en una selección de textos que integre al bibliotecario y el fondo bibliográfico de la institución. Que instale una dinámica de apertura del docente como mediador para proponer itinerarios de lectura o proyectos que puedan expandirse más allá del aula. Esta forma de pensar el contacto literario, incluso le permite a la autora problematiza la instancia de evaluación de dichos proyectos, sugiriendo que las

³ La autora señala las tensiones dentro del campo en esa configuración del canon de la literatura infantil que permiten cuestionamientos constantes como por ejemplo la imagen de infancia, los soportes, la crítica, la historicidad de ese campo dentro del campo cultural.

prácticas lectoras deben considerarse progresivas y complejas y que sólo cuando los propósitos de enseñanza han sido anticipados y enunciados con claridad puede valorarse el seguimiento personal y colectivo que implica esta práctica. Este capítulo entonces plantea una forma de establecer indicadores de manera tal que en esa “minería” —una suerte de “exploración” y “extracción” — o forma de elaboración de proyectos de lectura hay por parte de Cañón, reflexión, problematización pero también sugerencias aplicables y reales.

Es importante señalar de qué manera el libro *Travesías lectoras en la escuela* plantea la idea de “lector doble”: posiciona a los docentes primero como lectores, pero también como mediadores y por ende como los responsables de elegir autores, títulos, soportes, géneros. Esta categorización que abre el tercer capítulo de esta obra se vuelve un concepto operativo para pensar las figuraciones de los autores en ciertas épocas y contextos y el imaginario colectivo que circula sobre el concepto de infancia. Asimismo la proyección de la construcción histórica del campo literario de la literatura para niños como dispositivo cambiante, y por ende problemático —en discusión y redefinición constante—. De este modo, la escritora invita a esos “lectores dobles” a actualizar sus lecturas (teóricas y literarias) en pos de hacer selecciones e itinerarios adecuados y desafiantes para los chicos. Si para Cañón la palabra es una suerte de refugio o casa, la literatura puede ser un lugar de encuentro entre el lector y el mediador y de ahí la utilidad de las sugerencias didácticas que la autora propone para dichas lecturas: leer la reescritura, las subversiones, recorrer la diversidad de ilustraciones, los diálogos entre autores. La casa entonces como metáfora devuelve las posibilidades que la literatura ofrece: habitar otros mundos, entrar y salir de manera individual o de la mano de alguien hacia la exploración lingüística y la imaginación. El mediador en esa casa no sería sólo un “lector doble” sino aquel que puede dejar entornadas o abiertas las puertas para que el niño salga a jugar.

Ahora bien, ¿cómo logran los mediadores generar ese puente entre el niño y la ficción? En la selección de textos, es indudable que la escuela tiene un lugar de legitimación pero también, como señala Cañón, está sujeta a la memoria y la reproducción del canon, la figura del Estado como proveedor de libros, y el mercado editorial. Es decir que agentes escolares y extraescolares supeditan esa selección. Ese

“entre lugar” de la escuela y por ende del docente que deberá seleccionar desde el respeto al canon pero también desde el respeto a las nuevas infancias, se nos revela a través de la lectura de este libro como un lugar intersticial. El lugar del desafío pero también de una responsabilidad que por riesgosa que pueda ser es sin dudas creativa y comprometida. Es por eso que cuando Cañón trabaja la idea de propuestas didácticas, manifiesta la necesidad de construirlas sostenidas en el tiempo, articulando los distintos niveles, por ejemplo por medio de proyectos institucionales, actividades permanentes, secuencias didácticas o situaciones ocasionales. La escritora ilustra esta idea con un ejemplo posible: un abordaje del itinerario poético desde la literatura folclórica de María Elena Walsh para todos los niveles. Esta sugerencia es uno de los tantos ejemplos de gran utilidad para revisar formas de abordar proyectos transversales o a largo plazo.

Travesías lectoras en la escuela se cierra con un capítulo que permite revisar la idea que se tiene actualmente de “comunidad lectora”. En principio porque vuelve sobre el concepto de mediador como elemento importante en el vínculo adulto-libro-niño, pero también porque el hecho de imaginar una escena de lectura excede los agentes participantes o el lugar en el que se lleve a cabo. El oficio (artesanal) del mediador es el de poder poner al margen por un rato sus saberes previos para registrar y volver productivo lo que la comunidad lectora pueda decir de un texto. Sólo así se crearán situaciones de lectura significativas. Para ello la autora transcribe escenas literarias y es ahí, en esos diálogos donde el intercambio es el paso fundamental para cualquier tipo de sistematización que quiera hacer el adulto. El hecho de agregar este material vuelve interesante el trabajo de Cañón dado que no parafrasea o glosa escenas sino que las copia textualmente —luego las analiza—para que sea el lector quien pueda pensarlas y aprender de ellas, es decir que el lector las puede vivir casi como propias, como posibles escenas de lectura que podrían darse en cualquier ámbito de lectura con niños. Por medio de esos diálogos se evidencia la permeabilidad que el mediador debería poseer, el intercambio, el extrañamiento frente al lenguaje, la mirada abierta, el hecho de ir en contra de lo mecanicista, que es sin dudas por lo que aboga la autora.

Finalmente cabe señalar que este libro es parte de un contexto en el cual las prácticas de lectura y escritura se encuentran signadas por la rapidez, la multiplicidad, la fragmentariedad, la simultaneidad y eso supone propuestas más exigentes y desafiantes. Mila Cañón se mueve cómodamente en esos nuevos formatos y presenta un libro ágil pero profundo, en el que el adulto debe construirse a sí mismo como un mediador abierto a lo impredecible y a democratizar la palabra. Un libro que no deja que olvidemos que leer (le) al otro es invitarlo a que explore y construya sentidos, especialmente cuando las temáticas o las formas perturban o incomodan.